



Coia

Valls

La alquimia
de la vida

DESTINO

La alquimia de la vida

Coia
Valls

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1556

Título original: *L'alquímia de la vida*

© Coia Valls, 2022

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© por la traducción del catalán, Juan Carlos Gentile, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-233-6088-8

Depósito legal: B. 58-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotapapel, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está
calificado como papel **ecológico** y procede de bosques
gestionados de manera **sostenible**.

I

Monasterio de Vallbona de les Monges, enero, 1478

El resultado de la votación que se llevaba a cabo en la sala capitular del monasterio de Vallbona era fácil de predecir. Por otra parte, había que cumplir las normas, todas las normas. Se trataba de un asunto muy serio para la comunidad y una garantía para su buen funcionamiento.

Aquella noche el agua se había helado en la superficie del río y las monjas, encogidas en sus lechos precarios, se habían puesto encima toda la ropa disponible. El rigor del invierno favorecía una cierta melancolía. El claustro estaba desierto, pero no el *calefactarium*, que funcionaba a pleno rendimiento.

A la hora tercia, aún con el cuerpo tieso por el frío del alba, la joven Beatriu Montells esperaba un desenlace que podía cambiarlo todo. Lo hacía de pie, a una distancia prudencial de los acontecimientos, como si esta medida pudiera amortiguar el peso de la sentencia que estaba a punto de consumarse. Pero mantenía la cabeza gacha, una señal de sumisión que no era creíble para todos. Con veintidós años recién cumplidos, hacía ocho meses que estaba como postulante. En condiciones normales, un tiempo más que suficiente para ingresar como novicia.

Llevaba ropa sencilla de color tierra y una capa de

lana le cubría el cuerpo delgado, pero fibroso. El cabello, recogido en un moño, apenas se adivinaba bajo el pañuelo atado a la nuca.

Violant de Sestorres, haciendo valer su cargo de abadesa, presidía el acto. Lo hacía con gesto adusto y sobrio, asintiendo con la cabeza cada vez que una de sus hermanas en Cristo depositaba un voto en la caja. Las piedras, blancas o negras, serían las encargadas de dar el visto bueno a aquella propuesta o de rechazarla. Como las cuentas de un rosario, una tras otra y por orden de antigüedad, las monjas desfilaban delante de la inmensa mesa de roble que presidía la sala. El ruido de los pequeños guijarros al chocar los unos contra los otros marcaba un compás de espera vivido con nerviosismo por parte de Beatriu, que, bajo la ropa, se hurgaba los padrastrós.

Sor Paula, la más joven de las monjas, cerró la votación. Era la primera vez y lucía una sonrisa amplia y un andar desenvuelto que hizo menos pesada toda aquella letanía.

Unos instantes más tarde, obedeciendo a la voluntad de la abadesa, sor Ponça cogió la caja con las dos manos y volcó el contenido sobre la mesa.

Tres únicas piedras blancas asomaron la nariz entre un buen puñado de negras. Pero una mayoría tan notable no hizo que se ahorraran el recuento en voz alta.

—Tres votos a favor y veintiocho en contra.

A continuación, dirigiéndose expresamente a la postulante, Violant de Sestorres le recomendó que profundizara en sus ejercicios para acceder al noviciado. Más adelante, si era el caso, ya volverían a hablar de tomar los hábitos.

Beatriu comenzó una inspiración lenta y, antes de

soltar el aire, transigió brevemente con la cabeza. Alguna de las monjas tosía, quizá con el propósito de hacer más fácil aquel trance. Se oyeron murmullos y roces de tela que delataban incomodidad a la espera del permiso para abandonar la sala.

La joven lo hizo sin levantar la vista en ningún momento, al lado de sor Lluïsa de Meià, que se ofreció para acompañarla. No abrieron la boca, ni la una ni la otra, hasta llegar al claustro y sentirse al amparo de comentarios, no siempre bienintencionados. La abadesa observaba cada movimiento desde la distancia.

—Siento mucho que... —vaciló la monja mientras hacía lo posible para ocultar las manos dentro del hábito.

—Debemos aceptar la voluntad de Dios, los planes que Nuestro Señor tiene para cada uno de nosotros, sus hijos. ¿No es eso lo que dice el Evangelio? —soltó Beatriu de manera taxativa.

—Sí, claro. Así debe ser.

La voz de la hermana Lluïsa era poco convincente. De hecho, no supo encontrar la manera de reanudar aquel discurso, con el cual pretendía consolarla. Un silencio mortificador ocupó su lugar. Con la intención de ahuyentarlo, se decidió a iniciar una conversación menos trascendente:

—He puesto a secar las flores de borraja pensando que el sol acabaría saliendo, pero el cielo sigue muy cubierto. No pinta nada bien. Quizá me podría acompañar y las retiráramos antes de que se estropearan.

—Sí. Hoy el sol tendrá muy pocas oportunidades —interrumpió la joven.

Las palabras que soltaba Beatriu no parecían tener destinatario, como si pensara en voz alta o las lanzara hacia arriba al azar. Sor Lluïsa se preguntaba si, a ve-

ces, en la parquedad de las palabras de la joven no se ocultaba un grito de auxilio. Ante el hermetismo de su compañía, optó por quitar más hierro aún al asunto.

—Siempre he oído decir que si las flores se recogen muy temprano el aceite que se obtiene es de más calidad. ¡Pero he madrugado para nada! Me temo que, sin sol, cogerán humedad y perderán su precioso color azul —dijo con voz mustia.

—¿De verdad piensa que el color es tan importante?

La monja tragó saliva. Antes de que pudiera encontrar una respuesta para lo que estaba muy cerca de ser una impertinencia, Beatriu añadió:

—Sor Lluïsa, sé que lo hace para entretenerme, para animarme, seguramente, y agradezco su esfuerzo, pero no me interesa en absoluto todo eso de la recolección. No tengo ganas de hablar de aceites, ni de plantas, ni tampoco del proceso de secado. No me apetece ni siquiera hablar de la preparación de tisanas. Estoy harta, créame. Si fuera tan amable, me gustaría estar sola.

La monja musitó algo ininteligible que, por el tono, podría ser una disculpa. Después se dio la vuelta y desapareció escaleras arriba, hacia el dormitorio comunal. Beatriu, con la barbilla bien alta, la siguió de reojo. A sor Lluïsa las sandalias le iban holgadas y, con cada paso, se oía el chasquido que hacían al chocar contra el talón. El repique se hacía más rápido a medida que perdía intensidad. Cuando por fin dejó de oírse, Beatriu se puso en marcha en dirección al jardín.

Allí, detrás de una valla, la esperaba Joana. Era su hermana y solo tenía trece años. Su cabellera roja, siempre enmarañada, se resistía a mantenerse dentro de los límites del pañuelo. La chiquilla permanecía de

puntillas con el cuello tan estirado como le era posible. Cuando la vio aparecer, levantó los hombros y después los brazos. Pero Beatriu no respondió a sus ademanes y se quedó unos instantes allí quieta sin acercarse ni decirle nada.

—Por favor, por favor, dime que te han dejado entrar de novicia —pidió Joana con las manos a un lado y otro de la boca para asegurarse de que el mensaje llegaba a donde ella quería, pero sin hacerlo público.

Entonces la joven aspirante rio con aire triunfal, provocando su enojo.

—Eres, eres... ¡eres una desagradecida y lo echarás todo a perder!

Con lágrimas en los ojos y las uñas clavándosele en la palma de la mano, de tan fuerte como apretaba los puños, Joana contrajo el rostro. Toda ella era un manojo de nervios. Después vio como Beatriu retomaba el paso para acercarse a ella e inició una carrera enloquecida en dirección contraria.

Al llegar a la casita de piedra empujó la puerta y se lanzó sobre la cama. La madera vieja de los largueros rechinó, pero el llanto de Joana se imponía por encima de cualquier otro chirrido.

Ninguna de las dos mujeres que compartían la estancia con ella se encontraba en el interior, era la hora de ordeñar las cabras y hervir la leche. Càndida, una niña de su edad que, como ella, soñaba con ser monja algún día, apareció de pronto para coserse un desgarró de las medias de lana gruesa.

—¿Qué te pasa, Joana? Por el amor de Dios, tranquilízate y explícame qué te ha pasado —rogó, afligida, dejando la aguja y el hilo sobre un taburete y abrazando a su compañera por la espalda hasta sentir como propios sus sollozos.

—Se lo pedí por lo que más quisiera, pero va a la suya y no escucha nada ni a nadie.

—No sé de qué me hablas. ¿Quién no te escucha? ¿Qué te han hecho?

—Mi hermana. ¡Es mi hermana, que no tiene remedio!

—Espera, espera. Bebe un poco de agua y explícame lo poco a poco. ¡Si sigues llorando de esta manera se te borrarán las pecas!

Joana la miró con aquellos ojos color caramelo que desvelaban sin engaño la dulzura que le era propia y se le echó al cuello. Intentó sonreír. Cuando lo consiguió, la melancolía ganó la partida y solo fue capaz de dibujar un gesto impregnado de ternura.

Unos minutos después, ya más serena, se confió a ella:

—Lo ha hecho expresamente. Beatriu lo ha hecho expresamente, estoy segura. ¡No muestra el respeto necesario, ni es lo bastante piadosa! Al final, se saldrá con la suya y conseguirá que la echen.

—¡Cómo! ¡Nadie os echará de aquí! —exclamó Cànvida, apretándole las manos entre las suyas.

—Tú no lo entiendes. Vivíamos en Barcelona y éramos pobres como las ratas cuando entramos en el convento. Beatriu no lo quería de ninguna de las maneras y nos resistimos tanto como pudimos. No te imaginas lo que llegamos a hacer para sobrevivir... Pero yo caí enferma y tuvimos que pedir ayuda a nuestro tío. Claro que él también estaba en apuros y ya tenía más bocas de las que podía alimentar. La única solución era pedir asilo a las monjas. Nuestro tío trabaja unas tierras del monasterio y pensó que quizá se apiadarían de nosotras. A cambio de techo y un plato de comida, podríamos ayudar en las tareas más ingratas. Pero yo soy tull-

da y, por mucha voluntad que le ponga, a veces soy más un estorbo que una ayuda. Nos salvó saber leer.

—¡Eso que dices es una tontería y, además, es mentira! Tienes más traza que yo en casi todo. ¡Y cocinas como los ángeles!

—Mi madre sí que cocinaba bien. Hacía pasteles de cualquier cosa: de zanahoria, de moras e higos... ¡Hasta de jarabe de agave!

—Es la primera vez que me hablas de tu madre.

—Es una historia demasiado triste. Murió. Nos dejó solas.

—Perdona. No quería que pensaras que...

—No pasa nada.

—Lo siento, de verdad. ¡Si no fuera tan bocazas y aprendiera a tener la boca cerrada!

La piel blanca de Joana lo parecía aún más cuando se encontraba al lado de Cándida, morena como el trigo tostado o el suelo después de la lluvia. El trabajo del día a día no dejaba demasiado tiempo ni espacio para grandes confidencias y, llegada la noche, el sueño las vencía justo después de encomendarse a Dios.

—Mi hermana está enfadada —dijo Joana con la mirada perdida, como si pusiera voz a sus pensamientos sin esperar ninguna respuesta.

—¿Con tu madre, quieres decir?

—Sí. Vive con la rabia en el cuerpo y se la está comiendo por dentro.

—No... no lo entiendo. ¡Tu madre no debía de querer morirse!

—Ya, supongo que tienes razón, pero las cosas no son tan sencillas, Cándida.

—Entonces, me estás diciendo que todas las veces que han tenido que llamarle la atención...

—No quiere ser monja. Es así de sencillo. No quiere ser la esposa de nadie y de ahí no la sacas.

Càndida se hizo la señal de la cruz sobre el pecho y, con voz débil, preguntó:

—¿Tampoco de Dios Nuestro Señor, que murió en la cruz para salvarnos? ¿Estás segura?

Joana negó con la cabeza mientras las lágrimas volvían a correrle por la cara.

—La culpa es mía, ella ya me lo dejó claro, pero... ¡supongo que esperaba un milagro! He rezado cada día para que se produjera. Yo no tenía edad para entrar de postulante, si ella daba el paso nos aseguraba un sitio. Aquí he encontrado la paz que he buscado en vano toda mi vida, Càndida. ¿Por qué ella no pone de su parte?

—Debes permitir que siga su camino, no todos somos llamados a...

—Tarde o temprano se marchará y yo no quiero que nos separen.

Las campanas de la torre del monasterio llamaron al rezo del ángelus y las dos chiquillas interrumpieron la conversación para arrodillarse una al lado de la otra. Càndida tenía cuidado de no tapar con su voz, grave y demasiado ronca para ser tan pequeña, la de Joana, más aflautada y siempre a punto para el canto.

Mientras tanto, encogida en un rincón, cerca del pozo del jardín y lejos de miradas ajenas, Beatriu Montells se tapaba las orejas con las manos y apretaba fuerte los dientes.